

país ha seguido hasta hoy. Sólo asomará alguna modificación en las palabras, en las fórmulas aparentes, aquí más conciliantes, allá más retadoras. Pero las incompatibilidades inexorables, las oposiciones irreductibles, seguirán siendo las mismas. Y como todo ha de tener un fin, hacia el fin vamos, sin saber cual será, oprimidos por el temor de que se desencadene un nuevo cataclismo cuyas pavorosas consecuencias alcanzarían a toda la humanidad.—M A N U E L U G A R T E.

Niza, Mayo, 1932.

## «EL HOMBRE Y LA TECNICA»

**A**) *Cultura*.—El porte filosófico de Oswald Spengler es bastante conocido. Hanse comentado sus conclusiones en la cátedra, el libro, la revista y la conferencia. Ha llegado a ser, el estudio del pensador citado, tópico sobre el cual se ha gastado mucho tiempo, bello gasto, por cierto.

El título de la obra a que aludo: «Decadencia de Occidente», es pesimista y aterrador. Es rótulo de luminosidad eléctrica. Para él padece la civilización una fuerte fuga de «contenido» y de «naturalezas directoras.»

Los valores que pautaron hasta hoy el alma humana ya no existen, o más propiamente, mueren. Son sólo la envoltura, la palabra, el concepto sin vigencia, sin íntimo vigor. Son fantasmas conceptivos, esquemas descoloridos, cadáveres intuitivos. Vive el género humano un período retórico, de arcaico semblante. Donde se vaya el mundo ha perdido su afán de perfeccionamiento moral. Aunque sea demasiado rigoroso en estos juicios es necesario puntualizarlos.

La ciencia técnica y positiva del siglo pasado, no nos dió la «buena hora» (le bonheur o paz del corazón). Nos obsequió con comodidades materiales; pero nos dejó árido el espíritu. «La ciencia—dice un crítico francés—si no se le pone atajo, conducirá a la humanidad al suicidio, porque nos mata el corazón, el instinto, la fe, todas las fuerzas vivas del alma, todo lo que da al hombre valentía para vivir.»

La cultura es para el pensador alemán entidad de alcurnia biológica: nace, crece, enferma y muere. En tal virtud tiene una vida limitada en el tiempo. Y esta afirmación está comprobada a través de la historia. Varios son los casos que sirven de ejemplo ilustrador de la tesis spengleriana.

«Una cultura, según él, es además algo espiritual que nos levanta sobre la bestia humana y sus instintos, una manera superior de comprender la vida, algo como un alma que se manifiesta creando.»

El fino y sintético historiador, Alberto Edwards, dice comentando la obra citada. «La cultura europea, como las demás que han existido en el planeta, tuvo esa alma, es decir, una religión, una fe, una política, una noción de estructura social, ideas éticas, a la vez cristianas y caballerescas, sentimiento de lo que es el amor, la mujer, el matrimonio, la familia, la propiedad y la civilización.»

Y bien, todos estos valores que dieron alma a la civilización occidental están en falencia. Ya no sirve para vitalizar contenidos. Carecen de aroma espiritual, son flores agostadas.

b) *El concepto de crisis.*—La voz de Spengler ha sido apocalíptica. Desde la publicación de la obra nombrada, se ha sistematizado el lamento por nuestra propia indigencia espiritual. La civilización no responde a los supuestos en que se fundamenta y tiembla como algo que necesita severa revisión.

Los ideales ya no responden a una acción social. Por todas partes se ensaya crear valores y como estamos, sin duda, en el fin de una de esas «organizaciones culturales», asistimos a una especie de sepelio-nacimiento. Esta composición lexical es sólo de apariencia paradójica. Encierra una verdad profunda. Las siguientes palabras—así lo espero—van a servir de prueba a lo dicho, es decir, que se padece la honda crisis delineada.

c) *¿Agonía o decadencia?* —Pero el tañido funeral que se extiende anunciando la agonía, no debe meternos espanto en el corazón. Es menester reaccionar. Si, es cierto que vivimos en «una civilización—como dice el autor al que antes aludí—sin alma, porque es una civilización sin finalidades o, más exactamente, cuyos fines nos son exteriores y ajenos. Ello se debe a que la existencia contemporánea carece de meta. Va andando sin rumbo.

La vida ha dejado de ser un «camino» y se ha convertido en «habitación». Y esta metáfora es mucho más rigurosa de lo que se piensa al pronto.

La humanidad—ente ideológico y conceptual—ha perdido una de las más elevadas de sus preocupaciones: la religiosa. «Este mundo es el camino—dice Manrique—para el otro que es morada». Pero he nos aquí que «el mundo» ha dejado de ser «camino». Se ha transformado de súbito en mansión, sin más, posibilidad que radicarnos en forma permanente y sin posible trasmigración. La religión de divina ha bajado de rango y es

apenas humana, y en este tránsito ¿por qué no decirlo? ha bajado de importancia, acaso perezca. La religiosidad no sólo se ha ausentado, tal vez para siempre de la víscera cordial humana, es decir, de la generalidad. Diferente, pues, la lidia entre el cielo y la tierra para conquistar el alma se ha perdido uno de los factores de más importancia afectiva y la época se mueve con movimientos de acento sensual. Parece que «el hombre por causa del sábado fué hecho» y no a la inversa como predica el evangelista. Se ha tergiversado nuestra situación: vivimos para el precepto, para la ley, cuando debieran ser precepto y ley, servidores del hombre.

La organización social es una máquina de espantable complicación y se ha sublevado contra su creador... Y lo tiene en estado agónico o lo hará pasar por un trance regresivo, de decadencia.

d) *El hombre*.—Pero es oportuno tratar del libro que sirve de título al propuesto juicio crítico.

El hombre es el rey de la naturaleza, dice la conocida sentencia. Pero el cáriz regio no pasa de ser una burla. «El hombre no es un simple; no es «por naturaleza bueno»; no es tonto; no es un semi-mono con tendencias técnicas, como lo ha descrito Haeckel y lo ha pintado Gabriel Max. «Es un ser diverso del mono. Es, expresándose con rigor, un forastero en el «sistema» de la clasificación biológica». «El hombre, en su destino, es decir, por su alma es un animal de rapiña». (p. 29).

Pero ¿cómo siendo de este linaje rapaz ha llegado a ser lo que es? Por su peregrinación evolutivo-histórica: «El hombre es el creador de su táctica vital. Esta es su grandeza y su fatalidad. Y la forma interior de esa vida creadora llamémosla cultura, poseer cultura, crear cultura, padecer por la cultura. Las creaciones del hombre son expresiones de esa existencia, en forma personal.» (p. 31).

Ya queda dicho aquí y más arriba lo que es la cultura; pero ¿cómo se generó? Es evidente que la compleja civilización actual, se debe a la técnica, producto del intelecto y de la mano.

Pero antes de continuar vamos a hacer un paréntesis acerca de las manos. Nosotros tomamos siempre las manos como motivo poético, posiblemente por reminiscencia de aquel verso del «cantar de los cantares»: son «sus manos como anillos de oro engastados de jacintos.»

Mas he aquí ahora que Spengler nos las presenta como un «arma»: «El hombre—dice en la p. 23—se ha hecho hombre por la mano. La mano es un arma sin igual en el mundo de la vida movediza».

Es atribuir grande importancia a nuestras extremidades superiores. El elogio no es precisamente lírico; pero es elogio... El filósofo al hablar del hombre, no olvida las manos.

e) *La técnica*.—Al flanco de la creación natural, se levanta la humana, la artificial. Esta actividad creadora, que se verifica «contra-naturaleza» y que nos asemeja a Dios, se llama técnica, cuando tiene por objeto la domeñación de las fuerzas naturales en beneficio de los grupos sociales. No es otra la idea de esta proposición: «Con la mano, el arma y el pensamiento personal, el hombre ha llegado a ser creador.»

Por lo tanto, el concepto «arte» se contrapone al de «naturaleza». Esto explica que el hombre con técnica más y más perfecta, se aleja de la naturaleza y su psicología, por ende, se artificializa, y su vida es la «historia de un rebelde», historia trágica, porque «la naturaleza es más fuerte» y «el hombre sigue dependiendo de ella.» Es tragedia, además, porque «la lucha contra la naturaleza es una lucha sin esperanza.»

La «técnica maquinista acaba con el hombre faústico y llegará un día en que se derrumbe y se *olvidarán* los ferrocarriles y los barcos de vapor, como antaño las vías romanas y la muralla de China, y nuestras ciudades gigantescas con sus rascacielos, lo mismo que los palacios de la vieja Memphis y de Babilonia. La historia de esa técnica se aproxima rápidamente a su término inevitable. Está carcomida por dentro, como todas las grandes formas de cualquier cultura». (p. 89).

Y, sin embargo, por la técnica se tienen las comodidades materiales que nos hacen más llevadera, «l'espace d'un matin», que es la vida. ¿Es la «aurora» que precede a la muerte o es el nacimiento de una nueva alma, alma que *olvidará* la forma de la civilización actual, como lo subraya Spengler?

f) *Vida y lenguaje*.—Vivir es un esfuerzo. ¿La vida consciente? Pura abstracción. La vida racional es singular, es soliprista con seguridad. El yo, un «retazo de vida»; trozo que no posee «comienzo ni fin». La ciencia explicadora de los primeros principios y de las causas finales—la metafísica—es ciencia que nos consuela poco. Somos sólo una parte de la colectividad vital; pero parte viva e independiente: «La vida—dice un sutil crítico portugués—no sería más que la conciencia de una sucesión de fenómenos sin comienzo ni fin, susceptibles de ser penetrados por nuestro espíritu...»

En esta sucesión de fenómenos que es la existencia, el lenguaje ocupa un lugar preponderante. «Hablar significa comunicar con otros el pensamiento.» El lenguaje es el medio de establecer la primera *empresa*: la de pensar.

Para Spengler «el lenguaje no se produce monológicamente, sino dialógicamente. Las series de oraciones no se siguen en forma de discurso, sino como diálogo entre varios hombres. Su finalidad no es una comprensión basada en la meditación, sino un mutuo acuerdo, por medio de preguntas y respuestas.» (p. 48).

El idioma es, después de enriquecerse, el conjunto espiritual que sirve para transmitir en forma verbal o escrita la experiencia de la humanidad, suponiendo como posible la transmitibilidad de la experiencia.

g) *Estado y empresa.*—Empresa es una reunión organizada de personas para ejecutar algo. Hay en el elenco empresario dos rangos de ejecutantes: de un lado el técnico, es decir, la persona que manda. Del otro costado está el grupo que obedece. De suerte que ha de reconocerse, según el pensador comentado, que existen dos modos de obrar en la empresa.

Es indudable que gobernar es una misión difícil, porque toda dirección, del linaje que sea, es un acontecer de doble faz. es mandar a alguien, ordenándole algo. En otros términos, hay un sujeto que ejecuta, lo que ha ordenado el director.

Se produce, por tanto, una diferencia natural de jerarquía «entre los hombres que han nacido para mandar y los hombres que han nacido para servir, entre los dirigentes y los dirigidos de la vida.»

Nuestra existencia viene adscrita al destino que le corresponde someterse. «Destino que nos condena a determinadas posiciones, concepciones y producciones». (p. 20). Somos «de una época, de un lugar, de una raza, de una índole personal.» No existe el «hombre en sí», abstracto.

La empresa social, el hecho de vivir en una sociedad, significa el asentimiento del hombre, sedentarismo que produce el «derecho del más fuerte, derecho que el más débil ha de seguir.» Derecho dictador de normas sobre el vencido, normas jurídicas que establecen la paz y la faena.

La paz, por consiguiente, consiste en la ordenación de las fuerzas de empresa. Ello requiere un instrumento: el Estado. Según nuestro autor: «el es orden interior de un pueblo para los fines exteriores.» (p. 57).

El hombre político es, por lo tanto, o mejor, debe ser naturaleza directora.

h) *La vida y su contenido.*—Acerca de la vida no se concluye de hablar ni escribir. Y ello es lógico, toda vez que cada cultura, época o nación, presenta una tonalidad singular.

Ha dicho Ortega y Gasset que «vida es lucha con las cosas para sostenerse entre ellas.» En este forcejeo con las cosas de-

bemos admitir un duelo entre dos universos. «La lucha de la naturaleza—dice Spengler—interna contra la naturaleza externa, ya no es sentida como una miseria, sino como gran sentido de la vida, un sentido que la ennoblece.» (p. 29).

De manera que nuestra condición de luchadores es la que le da «sentido» y la «ennoblece». Pero frente al espectáculo existencial, la civilización no responde, a pesar de su riqueza de comodidad exterior, al estilo vital que se siente nacer. El hombre padece de angustia por lo que vendrá. Acaso nunca en la historia se haya comentado más este estado de crisis humana. Es Nietzsche quien anuncia el advenimiento de la nueva etapa humana, con su célebre principio: «voluntad de poderío», caracterizado por la «lucha cruel y sin merced.»

El nuevo estilo de vida es lo que falta y esta falta debe ser la ideal imitación para los pueblos que sufren este violento cambio de semblante vital.

De allí, también, que la situación del alma humana sea dramática, porque pertenece tanto al mundo en «torno» como a su íntimo y particular hado o azar.

i) *Masa y personalidad.*—La división anotada: hombre que manda y hombre que obedece tiene raíces psicológicas hondas. No sólo se basa en la capacidad y diferenciación para el trabajo. Es necesario considerar asimismo, las calidades temperamentales.

Al referirse a este punto, Spengler se entusiasma y escribe: «El inventor quiere gozar para sí del triunfo sobre difíciles problemas de la riqueza y fama que el éxito proporciona.» (p. 75).

Las grandes victorias «son expresión de la personalidad y no del pensamiento utilitario de las masas, que se limitan a presenciar y han de aceptar las consecuencias tales como son.»

Al lado del «enjambre de espíritu nativamente directores», se desarrolla la masa. Esta no tiene vida organizada propia, de suerte que es indispensable que tenga quien la ordene. De lo contrario, es horda incapaz de acción constructiva.

No tiene futuro que es «el horizonte de los problemas», «como dice Ortega y Gasset; pues carece de ellos. «La vida que es una operación que se hace hacia adelante», se le presenta quimérica y abismática. ¿No se ha dicho de la masa que «es la ola humana»; que «tiene la ironía de la nube»...

j) *Maquinismo.*—Hemos indicado que el «arte» se levanta como un valor contra-natural; que la técnica es el resultado de la ciencia positiva y pragmática; que el hombre se ha apartado de las fuentes de la contemplación y su alma se ha urbanizado

en las calles y ágoras; que el campo padece orfandad de brazos y cerebros.

La civilización desemboca torrenciosa a causa de la técnica maquinista, cuyo desarrollo «ahora marcha hacia su plenificación, hacia su término». «Nos hallamos hoy—continúa—en la cúspide, allí donde comienza el quinto acto. Las últimas decisiones sobrevienen. La tragedia acaba.» Porque no debemos olvidar que toda gran cultura pertenece al género trágico, según el pensamiento spengleriano.

El señor del mundo—el hombre—que ha forjado sistemas científicos y creado religiones; que ha conquistado y descubierto continentes, se encuentra en trance de agotamiento espiritual: «es el esclavo de la máquina»: Esta, cual el personaje de D. Miguel de Unamuno, se ha levantado en guerra contra su padre intelectual. ¿Quién va a triunfar? ¿El hombre o la mecánica organización?

k) *Alma faústica*.—El método es de amplias comparaciones sintéticas. A veces es sólo signo elíptico, tal es su laconismo. Procede más bien por intuición que por observación.

Las culturas son el alma de las civilizaciones. Es lógico que estas culturas *devengan*, se transformen desde el acto bautismal hasta el acta de defunción. Es lógico, asimismo, que a cada civilización corresponda un alma con fisonomía peculiar.

Spengler llama *alma apolínea* a la que dió origen a la civilización griega; *alma mágica* a la de los árabes, y *alma faústica* a la de la cultura occidental. El historiador Alberto Edwards, dice a propósito: «La primera, eminentemente plástica, se deleita, como hemos dicho, en la armonía de lo cercano y lo presente; la segunda se siente en un mundo rodeado de misterios, juguete de las fuerzas ocultas, y su fórmula es la magia, la cábala. La tercera, toda función, movimiento, se complace en las perspectivas lejanas, como si aspirase a identificarse con lo infinito, en el tiempo y en el espacio.»

Pero esta «alma faústica», enamorada de lo ilimitado, constructora de una civilización, va agotando su propio destino. Es un alma moribunda. ¿Qué impulso darle para que se renueve? ¿Qué alma vendrá a remplazarla? De ¿qué composición cultural va a ser la nueva psiquis colectiva?

l) *Gloria, hazaña, historia*.—Es frecuente que la gente del pueblo diga: «más vale una vida corta, pero chicoteada». Con lo cual indican de una manera bastante plástica que su concepto de la vida es una especie de carrera veloz que, dado sus duras peripecias, es preciso andarla lo más ligero que se pueda.

Recuerda Spengler el pasaje en el cual se interroga a Aquiles,

si prefería una vida larga o breve. A lo que respondió: es mejor vivir poco con hazaña y gloria, que soportar una vida larga.

La humanidad arrastra pesadamente una cultura de alma corroída, sin gallardía, pues carece de vigor vital.

Es hacedero que cuando un hombre desempeña un puesto lo renuncie, o se retire. Pero en la vida no cabe renuncia, toda renuncia es una especie de suicidio. Y ¡vaya que hay clases de suicidios!

La historia universal no admite «marchar atrás», para usar una frase automovilística. «El tiempo y, por consiguiente, la vida no son reversibles». «La historia del hombre en conjunto es trágica». «El tiempo no puede detenerse; no hay prudentes retornos, no hay cautelosas renunciaciones. Sólo los soñadores creen en posibles salidas».

La forma apodíctica en que está dicho, el acento de ensueño un tanto místico parecen anunciar un hundimiento social. «El peligro—dice—es grande y es deplorable pretender engañarse.»

La gloria del hombre actual está, en consecuencia, en vivir de cara ante este terrible anatema de ocaso cultural; en no desmayar ante la trágica agonía que hoy cursa la vida colectiva.

m) *Optimismo y cobardía.*—A esta «altura de los tiempos», no es posible mantener optimismo. ¿Cómo juzgar las cosas bajo el aspecto favorable? Todo es infausto. Carecemos de una dirección vigorosa, de una finalidad elevada. Vamos por la senda obscurecida de las comunes angustias.

El universo está plagado de imperfecciones. Los arquetipos ejemplares son pocos numerosos. La vida ha perdido su valor eternal y es sólo lo que es: entidad temporal cuya caducidad se prevee como irremediable «aniquilación».

¿No es cobardía mantener ideales, cuando éstos han decaído hasta quedar vanos de importancia?

Sería candidez taparnos los ojos o volver la espalda a una realidad áspera en demasía.

n) *¿Vuelta a la naturaleza?* —Las civilización mecanicista ha llegado a una verdadera saturación. La cultura—su alma—carece de supuestos vitales que le den un «sentido». La humanidad va a la deriva. Domina por doquiera un sentimiento trágico de la vida» para usar del sugerente título de una de las obras medulares del catedrático salmantino.

El hombre de hoy ha adoptado una actitud de fuga ante tanta complicación. Busca formas sencillas de existencia. Se regresa a la madre naturaleza en ademán de arrobadora contemplación. Las personas de talento se dedican a las puras y desinteresadas especulaciones metafísicas.

El hombre se repliega en sí mismo y deja las actividades sin «alma», para refugiarse en la humildad, pero sana realidad.

La ciencia y el arte deben buscar el verdadero sujeto de sus preocupaciones: el hombre. Porque hasta ahora la civilización ha ido omitiendo el humano componente y se ha «deshumanizado», hasta llegar a lo que es en la actualidad: civilización automática e impersonal.

¿Será menester insistir en comparaciones históricas para encontrar el medicamento de los males que aquejan a los pueblos? ¿Será necesario retornar a la naturaleza, como lo han formulado profetas y pensadores? ¿Quién podría predecir el rumbo de los días que vendrán?

ñ) *Conclusión.*—He tratado de exponer el pensamiento de Spengler. Tengo la impresión, un poco penosa, que no he sabido cumplir. Es la tesis del autor de gran complejidad. De modo que si he logrado aclarar algo su modo de considerar al «hombre y la técnica» sería para mí satisfactorio. El propósito ha sido ese: dar una visión sintética sobre tema tan grávido de significado: la «filosofía de la vida.»

No es oportuno que insista sobre la metodología del autor estudiado. Debo agregar que, como pensador intuitivo, se eleva, en repetidas veces, a las puras regiones de la poesía.

Spengler, a pesar de su actitud de pesimismo filosófico, contribuye a fertilizar nuestra mente y nos obliga, dado al espíritu de contradicción, tan común en nosotros, a adoptar propósitos de pulcritud crítica acerca del momento en que vivimos.—N. PINILLA.

## AMERICA EN EL LIENZO

DAVID CRESPO GASTELÚ

**P**OR razón de su verticidad, la influencia occidental se expande hacia todos los confines. Domina, se afirma, resbala, matiza, en continuada resonancia la vertebración espiritual del mundo.

Pobre en vigor ideal, más rica en materiales energías, la del Norte nos penetra activamente por mecánicos impulsos movida.

Entre ambas calidades habría de fluctuar lo americano: materia, espíritu, que vienen de afuera hacia adentro.

No es ésta, por fortuna, la realidad. Rompiendo férreas leyes, liberándose del ritmo actual, existe, sin embargo, una recia